

moderados, de la mayoría de las bases y de la prensa intensamente contraria a la izquierda. Pero pese a todo esos líderes se ven obligados a hacer concesiones a sus oponentes. Quiere ello decir que la socialdemocracia conserva alguna esperanza en la medida en que pueda ser presionada a actuar para modificar la situación de alguna forma más radical.

Otra de esas presiones es el castigo de los electores al entibiamiento de los principios tradicionales. Los fracasos electorales aconsejaron a los mismos socialdemócratas alemanes de Schröder aparcar provisionalmente la tesis de la “tercera vía”.¹¹⁷

Desafortunadamente las esperanzas de Miliband cuando escribió esto se han mostrado poco realistas. Valga reiterar que cuando la socialdemocracia ha conseguido el poder en los últimos tiempos sus reformas no han sido una respuesta a los problemas sociales.

Por otra parte el mismo Miliband era consciente de que la costumbre y la tradición, las creencias profundamente incrustadas y los prejuicios antiguos, las pautas de pensamiento y conducta heredadas forman una obstinada parte de la realidad, con una notable capacidad de perdurar, incluso en las circunstancias más adversas.

Si esto es así por lo que atañe a la socialdemocracia, podemos concluir que las posibilidades de que alcance el poder una izquierda anticapitalista son escasas, pero más improbable aún que, en caso de conseguir algún poder, pueda avanzar hacia el socialismo, al menos considerando la acción política como vía principal. Y en cambio el precio a pagar sería la inevitable cooperación en políticas conservadoras. No es de extrañar que las personas que conciben la militancia en la izquierda como un esfuerzo por transformar radicalmente y a corto plazo esta sociedad estén desencantadas y se hayan retirado de una acción política que ya saben adonde conduce.

14.5. UNA ESTRATEGIA ERRADA

La izquierda anticapitalista puede participar en las elecciones de dos formas, sea pensando en el corto plazo o pensando en plazos largos.

El primer modo consiste en aceptar a la gente como es y utilizar instrumentos de mercadotecnia para conseguir votos. Ello exige mensajes que no desanimen a los futuros votantes y caras de líderes carismáticos al frente de las listas. Exige también abandonar eso que la derecha llama radicalismo y actuar por tanto con un estilo que no se diferencia del socialdemócrata. Por otra parte, dado que hay que gastar todo lo posible en la campaña electoral, hay una permanente tentación de endeudarse con la banca, perdiendo así independencia respecto al poder económico. Los bancos aplazan gustosos el pago de las deudas para tener a los partidos cogidos por el cuello. Para no ir más lejos, ¿cómo a continuación van a defender la nacionalización de la banca, por ejemplo?

¹¹⁷ En parte por el efecto que tuvo sobre Schröder la vuelta a la política de Lafontaine como aliado de los excomunistas de la Alemania oriental.

El segundo modo, el concebido para el largo plazo y por ahora inédito, parte de la idea de que la verdadera batalla no se da en el campo electoral.

La estrategia consiste entonces en utilizar la pugna electoral como un espacio adecuado para mostrar la diferencia profunda entre la izquierda anticapitalista y el resto de los partidos, y aprovechar el poder político que se pueda ir consiguiendo para hacer aún más patente esa diferencia, todo ello como parte de una actividad transformadora de ideas y afectos que ha de exceder con mucho el espacio institucional, como luego veremos, y que en muchos momentos puede poner en riesgo el éxito electoral.

Si se elige el primer modo, el electoralista, el partido se ve comprometido en una actividad que obliga a jugar con las reglas del mercado de cara a una sociedad cuyas mentalidades han sido configuradas de manera masiva por la derecha conservadora.

Controlados por un ambiente que se caracteriza por el respeto social al triunfador y en el que los partidos ocupan espacio mediático proporcional a su éxito en las elecciones, vemos a viejos marxistas apelando, para dirimir sus disputas internas, a resultados electorales como si fueran la ordalía que prueba si se va o no por el buen camino. Una línea política, o una estrategia, son buenas si aumentan los votos, son malas si los disminuyen. Mala cosa. Más aún cuando ni siquiera se puede tener certeza de por qué los votos se han ganado o se han perdido.

La expectativa electoral domina los análisis de la situación, esos análisis que se consideraban científicos. Y así se cae en una supeditación ansiosa a encuestas de opinión, líderes de opinión, mass-media, etc.

El electoralismo produce miedo a crearse enemigos poderosos y miedo a espantar votantes. El remedio está entonces en callar para no molestar. No decir esto porque puede molestar a los gobiernos de EE. UU. o Alemania, ni eso porque puede molestar a la banca, ni lo de más allá porque puede molestar a los medios de comunicación privados, ni aquello otro porque puede molestar a la Iglesia y a los católicos, ni lo que pueda molestar a los que piensan esto o aquello. La solución es quedar casi mudos, limitados a hablar de cosas que no molesten a nadie cuya reacción se tema.

Por otra parte, si para no asustar a los posibles votantes hay que abandonar algunos términos y algunos temas, y hay que huir de cualquier apariencia de radicalismo, se queda a merced de la derecha, que es la que define dónde empieza el radicalismo. Es decir, el electoralismo deja a la defensiva, e impide pasar al ataque.

Puesto que, como dice O. Wright (1978:228), las campañas electorales estimulan las promesas de mejoras inmediatas para el electorado, y una economía capitalista saludable es prerequisite estructural para que un partido «reparta beneficios», sólo puede prosperar bajo esta estrategia la socialdemocracia. Si los intereses inmediatos tienden a reemplazar a los fundamentales, el resultado final, concluye Wright, es que los partidos «responsables» de la izquierda parlamentaria limitan generalmente sus programas a reformas compatibles con la reproducción del capitalismo.

Una vez que se ha hecho obsesiva la necesidad de conseguir el voto de una clientela difusa y variable, se ha perdido uno de los espacios que el sistema ofrece para presentar a la ciudadanía una imagen de lo que se es y de lo que se quiere, imagen que debe ser tan diferente a la de la derecha que esa misma diferencia constituya el mensaje más sólido de cara al futuro y sin que importen las consecuencias electorales inmediatas. La ambigüedad sirve a una organización conservadora, pero si se da en una organización de izquierdas malogra una de las funciones principales de la actividad revolucionaria, que sólo la izquierda anticapitalista se puede permitir y que, como antes dije, es su principal patrimonio: hablar sin recurrir al disimulo o la mentira. Renunciar a ese privilegio ni siquiera es vender la primogenitura por un plato de lentejas, sino por la esperanza de conseguir el plato (que seguramente ni siquiera se consiga).

14.5.1. ELECTORALISMO EN IU

El juego electoral ha venido dominando el discurso dirigido a la ciudadanía por IU a tal punto que, temerosa de atacar al capitalismo, limita su crítica a los excesos del capitalismo neoliberal. Sus programas se redactan más para conseguir votos que para hacer valer principios, pese a que, al ser muy improbable la victoria electoral, IU no prevé tener que llevar su programa a una política real. Luego se queja de que no hace llegar a la población las diferencias entre su concepción y la del PSOE o la del PP, pero esas diferencias sólo se hacen claras cuando se tiene valor para hacer pública una crítica frontal a la llamada economía de mercado.

De la misma manera es lamentable que un partido marxista gaste millones de euros en poner la imagen de un líder carismático en calles, puentes de autopistas y spots publicitarios con una imperativa recomendación de voto. ¿Qué puede significar y para qué puede valer el voto que se gana con un cartel (es decir, el voto que sin ese cartel no se habría producido)?

Tal estrategia se defiende alegando que hay que conseguir diputados, y el gasto se defiende alegando, y es verdad, que el de otros partidos es mucho mayor. Pero lo cierto es que sometida IU a esa mercadotecnia ha gastado dineros que se podían haber empleado de mejor manera y no ha hecho otra cosa que perder votos y quedar amordazada por sus deudas con la banca.

Todo ello para terminar en un fracaso que aumenta la frustración en los viejos militantes que recuerdan su lucha casi en solitario contra la dictadura franquista y viven la amarga sensación de que el pueblo no ha reconocido los muchos y arriesgados esfuerzos que hicieron en defensa de los intereses populares. Al no comprender por qué la mayoría objetivamente interesada en un cambio social no les vota, se desalientan y observan la realidad política desde un ensimismamiento entristecido.¹¹⁸

¹¹⁸ Pese a unos resultados aceptables en las elecciones del 96 (21 diputados), IU fracasó en las de ese mismo año al parlamento de Andalucía (perdió siete escaños), en las del 98 en el país vasco

Ocurre entonces que el fracaso introduce en las organizaciones la discordia y la oposición entre militantes que se achacan culpabilidades difusas y que actúan con el miedo a un fracaso futuro más grande. Por ello las lamentaciones y las autocríticas (cuando las hay, ya sin remedio) no conducen a un impulso nuevo.

Si todo se fia al éxito electoral ocurre además que en el terreno de la mercadotecnia la batalla está perdida para un partido anticapitalista. Siempre será mucha la ventaja de los restantes partidos, por su mayor potencial económico y porque sus mensajes, siempre populistas, encajan mejor con la ideología mayoritaria.

Imaginemos sin embargo que se hubieran conseguido los votos. Aquí se da la siguiente paradoja: en la medida en que tengas éxito en la lucha por solucionar "los problemas de la gente", en esa medida pierdes su apoyo para ir más lejos. Hoy aprovechas su indignación y ganas sus votos, mañana su indignación disminuye porque su situación ha mejorado gracias a tus esfuerzos, y los pierdes para impulsar un cambio más radical.

14.5.2. ELECTORALISMO EN PODEMOS

La evolución de este partido en sus primeros cuatro años ha estado marcada por luchas personales, falta de claridad en los objetivos y en la estrategia, falta de teoría y caída inevitable en el electoralismo.¹¹⁹

En gran medida ello se debe a que dentro de Podemos hay indignados, pero de diferentes ideologías, que van del anticapitalismo marxista a la socialdemocracia. De manera que las cuestiones fundamentales se evitan a fin de eludir conflictos irresolubles.

Por ello las confrontaciones entre líderes (entre Pablo Iglesias e Íñigo Errejón especialmente) apenas tienen sustancia. Aunque por su tono lo parezca a veces, Iglesias no es más radical que Errejón, ninguno de los dos lo es, y todo lo que proponen, también los Anticapitalistas de Podemos, es muy moderado, encuadrable en los antiguos objetivos socialdemócratas. Estar en la calle con los agraviados que protestan es una actividad meramente democrática, no radical.

Por ello en las discusiones el punto que les une es la búsqueda del éxito electoral, como si no tuvieran otro horizonte que la conquista del poder mediante un aumento de votos y sólo disintieran en las estrategias, que por otra parte están muy

y en las europeas, autonómicas y municipales del 99. Se preveía un fracaso mayor en las generales de marzo del 2000 antes de hacer el pacto con el PSOE. Ese pacto tampoco fue un éxito. El PP consiguió una mayoría absoluta e IU perdió 13 diputados.

¹¹⁹ La crítica que sigue está hecha desde la simpatía. Soy votante de Podemos por la razón de que es el único partido del arco parlamentario libre del poder de la banca, las empresas del IBEX 35 y sus medios de comunicación. Y porque en Bruselas, nido de la política europea neoliberal, preocupa Podemos tanto como el Brexit, si no más. Pero mi simpatía no me aparta de un análisis tan objetivo como me sea posible.

sometidas a los vaivenes del electorado, y previamente a los de las encuestas. Y todo esto, como antes dije, moviéndose en la niebla, pues nunca se sabe a ciencia cierta por qué se obtuvieron votos o por qué se perdieron. Cuando creen que han perdido votos por moderados, improvisan actitudes más duras, y si creen que los han perdido por radicalismo se disfrazan con piel de cordero.

Vienen a cuento los elogios que Pablo Iglesias hizo de Iván Redondo cuando le entrevistó en *La Tuerka* en abril de 2016. Allí le presentó como “culto, rápido y sensible” y añadió: “Es una pena que siempre haya trabajado para nuestros adversarios”, dando a entender que sería una dicha que trabajara para Podemos.¹²⁰

Pero aunque utilizar con habilidad la ideología que impera entre los electores para fabricar mensajes que proporcionen votos es algo que va bien a los políticos del sistema, la izquierda debe ser otra cosa. No está para aprovechar las malformaciones ideológicas de la población, sino para transformarlas. La estrategia de la izquierda debería ser enfrentarse a la Gran Mentira a la que los demás partidos deben servir. No importa que esta estrategia rinda menos que otras a corto plazo (aunque eso es algo todavía no comprobado), ya que a largo plazo es la única rentable para la izquierda, a la que las estrategias de marketing no han servido de nada.

14.5.3. UN ARGUMENTO REITERADO

En todo caso los líderes de los partidos que tienen aspiraciones a gobernar consideran prioritario conseguir votos suficientes, dado que en otro caso, piensan, el partido queda relegado a un valor testimonial. Personalizando el debate, dicen unos que Errejón con su actitud socialdemócrata pretende llevar a Podemos al Gobierno, mientras que Iglesias, con su radicalismo, va a convertirlo en lo que ha sido Izquierda Unida.

Son muchos los que sin duda no estarán de acuerdo con una estrategia que da carácter secundario a los votos. Pablo Iglesias ha dicho: “Cuando en política no tienes poder, no tienes nada. No cuentan las razones, cuenta el poder”, algo que se puede interpretar como que las razones sin poder no cuentan en política. Y es verdad, no hay más que mirar alrededor. Es decir, que hay que tener razones, pero además poder para que esas razones cuenten. Ahora bien, ¿qué clase de poder? ¿Poder institucional necesariamente?

Es cierto que una izquierda que supedita cada uno de sus alientos y actividades a conseguir poder político, queda en nada si no lo consigue. Pero se puede

¹²⁰ Iván Redondo pertenece a esa fauna profesional que trabaja para quien le paga utilizando el sentido común (pues de conocimientos sólidos de ciencia social carecen por ahora los expertos en opinión). Ha diseñado campañas para candidatos del PP -la xenófoba de García Albiol en Badalona, la de Basagoiti en el País Vasco y la de José Antonio Monago, con el que ganó las elecciones de 2011 y perdió las de 2015-, y se dice que mandó indagar en cuestiones personales del socialista Guillermo Fernández Vara tratando de hallar un escándalo que lo inhabilitara para la política.

insistir en que el PSOE ha tenido mucho poder institucional durante mucho tiempo y con ese poder ha conseguido sobre todo que se borren las diferencias básicas entre izquierda y derecha y que disminuyan sensiblemente las ilusiones y esperanzas de la sociedad en un cambio de política económica. En definitiva, las ideas y valores de la izquierda se han devaluado en la mente de muchos ciudadanos como consecuencia del éxito político del PSOE.

En sentido contrario, son muchas las cosas que una organización de izquierdas puede hacer aunque pierda poder oficial en las instituciones. No es cierto que una izquierda sin poder político quede reducida a organización testimonial, sin incidencia posible en la vida social. Si Izquierda Unida, y antes el PCE, no hubieran estado sólo preocupados durante los últimos 40 años en elecciones y poderes institucionales, sino que hubieran realizado otras tareas a las que me referiré en el capítulo próximo (medios de comunicación, centros de investigación, escuelas, universidades populares) estaríamos ahora beneficiándonos de efectos más profundos y duraderos que los conseguidos por la izquierda desde el poder. El valor de IU no habría sido simplemente testimonial aunque nunca hubiera llegado a controlar gobierno alguno.

14.6. VOLVIENDO SOBRE LA FALTA DE TEORÍA

1. Si la cuestión básica sigue siendo, hoy como ayer, qué puede hacer la izquierda anticapitalista respecto a la tarea imprescindible de transformación ideológica (tanto si ha conseguido poder político como si no), está claro que ha de disponer de alguna teoría que relacione causalmente las acciones con el propósito.

Valga reiterar que la necesidad de teoría no es igual para todos los partidos. En la batalla ideológica los partidos conservadores (los que pretenden conservar el capitalismo) lo tienen todo a su favor, puesto que no necesitan promocionar conceptos nuevos. Les basta utilizar los que funcionan para hablar a la gente de lo que entiende y mentir y disimular con eficacia en mayor o menor medida, tanto mayor cuanto más a la derecha se encuentren. Para hacer su política no necesitan más teoría que la ordinaria.

En cambio la izquierda anticapitalista necesita teoría más elaborada acerca de los procesos de cambio ideológico, dado que tiene que luchar contra la inercia y promocionar significados muy contrarios a los de sentido común que apelan al egoísmo y al miedo y se amparan en una ignorancia muy extendida.

En la primera parte de esta obra vimos que la teoría que ha venido inspirando los análisis y las distintas prácticas marxistas (la única por otra parte hoy disponible) está en alguna medida necesitada de cambios y desarrollos, pero no precisamente porque hable de explotación y dominación, ni porque en consecuencia considere que no se dan las condiciones en las sociedades capitalistas para una verdadera democracia, sino porque estas verdades elementales y sólidas están insertas en un sistema teórico incompleto que las priva de eficacia. Los males mencionados tienen

sus causas en espacios para cuyo análisis es necesario un aparato conceptual diferente al que el marxismo tradicional ha venido utilizando.

Al no haber renovado su teoría, la izquierda anticapitalista conserva el antiguo lenguaje con el que referirse a alianzas y a estrategias dirigidas a conseguir el poder político, pero carece de lenguaje para referirse a proyectos socializadores y de transformación ideológica.

No es de extrañar que los viejos comunistas se sientan desorientados: si utilizan la vieja teoría (que por otra parte en muchos casos se aprendió como un catecismo), no contactan ya con el mundo intelectual, reciben sonrisas conmiseras de los actuales administradores del conocimiento, y no motivan a la gente. Además esa vieja teoría no les señala un camino practicable, una vez abandonada la insurrección violenta. Pero si no utilizan la vieja teoría... no tienen otra.

Los teóricos marxistas se ha limitado a acomodar los conceptos clásicos a las nuevas estrategias, o a complementarlos con textos de historiadores, economistas y politólogos, o con indigestas divagaciones vacías, pero no han empleado conocimiento psicosocial, así que muchos temas teóricos interesantes se vienen enfocando como si cada situación estuviera formada por sólo datos político-económicos, demográficos, ocupacionales y electorales. En esta situación de penuria no hay interés en los partidos comunistas por renovar la teoría saliendo fuera de los cauces habituales, y en IU ni siquiera por renovarla dentro de esos cauces, como prueba que no existe tradición alguna de debate escrito (ver Taibo, 1997:24). Más aún esa indiferencia se percibe en que falta clamorosamente un área de investigación. La elaboración colectiva se considera un momento del proceso acción-reflexión-acción, pero no toma en cuenta que la reflexión y la acción dependen de una teoría.

El déficit teórico, que tiene repercusiones tanto en la crítica al capitalismo como en las propuestas de acción, fue expresamente reconocido por IU en las ponencias de la 5ª Asamblea celebrada en 1997 (que es significativa porque seguramente representa el momento de máxima tensión teórica en esa organización). En su Documento Político-Manifiesto se dice que hay que renovar tanto como sea necesario el pensamiento y la práctica de una izquierda que debe afrontar nuevos retos y realidades, para los cuales una parte de su bagaje ha quedado inservible y es necesaria otra parte todavía no incorporada a la acción política.¹²¹

Era una autocritica acertada, pero seguramente oportunista (en el sentido de que no se habría hecho si el resultado electoral del 96 hubiera sido exitoso)

¹²¹ En las citadas ponencias (ver el título X y las enmiendas a la Ponencia-Manifiesto) se analizaba la política de alianzas, las relaciones con el movimiento social real, la incapacidad para la movilización social y para mostrar las propuestas propias como distintas de las del PSOE o el PP, una excesiva visión taticista y un plegarse al sentido común. Se aludía a la poca participación de afiliados en las discusiones, los insuficientes cauces de discusión, el sectarismo y el capillismo. Se hacía mención a la influencia notabilísima que sobre muchos dirigentes de IU tenían los distintos grupos empresariales de la comunicación, e incluso se admitía que en IU hay aferramientos, maniobras y todo tipo de tácticas para conservar o reproducir los esquemas tradicionales de poder.

y ciertamente insuficiente, porque ni se aclaraba qué parte del bagaje teórico ha quedado inservible, ni se indicaban al menos las líneas generales de esa otra parte que hay que incorporar, menos aún cómo hacerlo. Todo se resolvía en la afirmación retórica de que ha llegado el momento de saber "dónde estamos y cómo estamos", lo que implicaba la aceptación por parte de IU de que no sabía dónde estaba ni cómo estaba.

Mientras se afirmaba la vaguedad de que es fundamental "llegar a la sociedad", el área de Cultura y Comunicación no recibía la atención que su importancia merece. Tras la queja de que el mensaje no llegaba a la sociedad y de que no se hacía entender, en el título X de las ponencias citadas se dedicaban apenas tres renglones a hablar de comunicación e imagen aludiendo a una política de publicaciones propias. ¿Qué tipo de publicaciones? ¿Qué política de publicaciones? ¿Dirigidas a quiénes? De manera igualmente decepcionante, el Área de Educación se limitaba a un seguimiento de la política educativa del gobierno y a exigir mayores dotaciones para la escuela pública. No es que IU no haya intentado entrar en el terreno de la socialización, es que no parece tener alguna idea acerca de cómo debe ser una buena escuela.

No es entonces de extrañar que su acción se haya caracterizado por un pragmatismo acomodaticio, por intereses a corto plazo y por análisis de la situación no suficientemente profundos. Se ha centrado así en la defensa numantina de posiciones que muy bien pudieron dejarse en segundo plano, como el no a la OTAN o a Maastricht y el sí a la autodeterminación de los pueblos de España. Oponerse a la OTAN o a Maastricht no puede tomarse como signo de identidad de la izquierda: hay derechas que coinciden en esa oposición. Un capitalismo sin Maastricht y sin la OTAN sigue siendo capitalismo y es al capitalismo a lo que debe oponerse una izquierda que se considera marxista. Respecto a la autodeterminación, está claro que es un derecho que tienen las poblaciones frente a la colonización o la dictadura, pero fuera de estas situaciones su fundamentación no está clara. Si tienen derecho de autodeterminación las comunidades autónomas ¿lo tienen también sus provincias, o sus ciudades? ¿En qué teorías sólidas y compartidas pueden basarse las respuestas afirmativas o negativas? Estamos ante una cuestión de hecho, no de derecho. Se trata de que cuando una mayoría suficiente de la población de un país quiere votar sobre su independencia, hay que aceptarlo.

2. También en Podemos falta teoría, como puede comprobarse en los documentos políticos que sus distintos grupos presentaron a Vistalegre II. Se acusó al equipo de Iglesias de desdén por los teóricos a favor de activistas, pero la verdad es que falta teoría en los documentos de todos los grupos. Sólo cabe encontrar en esos documentos algunas consideraciones sobre la transición del 77 y sobre la transición actual, con un añadido de banalidades referidas a cómo ganar votantes.

Ello podría valer si todo lo que estuviera en juego fuera sacar de la pobreza extrema a muchas personas, o devolver a otras muchos derechos perdidos. Pero se trata de combatir el entramado de ideas y valores que la derecha ha ido consolidando

en las mentes de muchos ciudadanos, los que la votan a pesar de que son perjudicados por sus políticas. Porque la explotación ideológica es algo más grave que la económica, y no sólo por su naturaleza, sino porque es además condición necesaria para esta segunda. Sin explotación ideológica no habría explotación económica.

En los documentos políticos discutidos en Vistalegre II uno querría haber leído un diagnóstico de la situación española, europea y mundial, y un señalamiento de metas a distintos plazos. Puesto que para decidir sobre el “qué hacer” debe estar claro primero qué se quiere conseguir o adónde se quiere llegar, esos documentos deberían haberse dedicado antes de nada a dilucidar esta cuestión.

Al parecer la teoría que algunos manejan en Podemos es la versión de Ernesto Laclau de la teoría de la hegemonía de Gramsci, incluíble en los postmarxismos de distinta naturaleza que intentan sustituir algunas tesis erróneas de Marx.

La teoría de Laclau está formada por algún atisbo, alguna crítica razonable (al papel que el marxismo otorga a la clase obrera, a la determinación de los procesos sociales por supuestas leyes de la historia) y una cierta pleitesía a ese engendro posmoderno que viene a decir que es el lenguaje el que fabrica el mundo. Laclau, se inspira en autores tan prescindibles como Lacan, Foucault, Derrida y Barthes. Ni adrede pudo elegir peor. Estos autores estuvieron de moda por el atractivo que ejerce lo aparentemente profundo (fueron maestros de la oscuridad ambigua) y afortunadamente van sumiéndose paulatinamente en el olvido. Ninguno de ellos ofrece material valioso para remediar el verdadero defecto del marxismo, que es la ausencia de teoría psicológica. Ni siquiera vale para ello Lacan, que intentó la estéril tarea de unir psicoanálisis con estructuralismo saussureano y urdió una obra llena de frases impenetrables que ni siquiera sus discípulos entienden. Leyendo a Lacan experimenta uno la viva sospecha de que, o tenía una cabeza caótica, o escribía para burlarse de todos los ingenuos que le creían profundo.

A partir de estas influencias Laclau elabora un indigesto vocabulario no bien definido, que nunca se sabe a qué realidad es aplicable, y con el que se puede manejar el discurso muy a conveniencia. Ese vocabulario habla de “articulación”, entendida como toda práctica que establece una relación entre elementos tal que la identidad de estos resulta modificada como resultado de esa práctica, habla de “elementos” como diferencias no articuladas y de “momentos” como posiciones articuladas, dice que los elementos son “significantes flotantes” hasta que logran ser insertados en una cadena discursiva, habla de “puntos nodales” y de “fijación del sentido”, de que los sujetos políticos se constituyen en el interior de ciertos discursos, de que toda articulación hegemónica genera cadenas de equivalencia, etc. Frases evanescentes para llegar a conclusiones triviales.

Prueba de ello es que no podemos descubrir en el discurso de los partidarios de esta teoría una sola afirmación que enseñe algo o muestre algún camino que no hubiéramos podido percibir sin tal teoría. Se trata sencillamente de disfrazar ideas comunes bajo un vocabulario pretencioso, y siempre perdiéndose entre atisbos sobre el lenguaje y desconocimiento de lo que el lenguaje es realmente.

Valga reiterar que algunos teóricos valiosos (Lev Vigotski, Mijaíl Bajtin, Erich Fromm) han sido conscientes del problema e intentaron solucionarlo, y otros posteriores (Basil Bernstein, William Labov) han aportado conocimientos indispensables. El problema es que poco de ellos parece haber llegado a la teoría de que se nutren los políticos de izquierdas.

De ahí que, dado que teorías como la de Laclau no valen para proponer un camino que lleve a alguna parte, las discusiones en Podemos versen sobre si hay que trabajar en las instituciones o en la calle, sobre si vale o no la pena ir con IU a las elecciones, sobre si izquierda-derecha debe sustituirse por abajo-arriba, sobre si hay que optar por anticapitalismo o transversalidad, y todo ello con la exclusiva finalidad de ganar votos.

La alternativa calle-instituciones es falsa. Actuar en uno de esos espacios no es obstáculo para actuar en el otro. El problema está más bien en el significado que se da a “actuar en la calle”, que parece entenderse exclusivamente como activismo protesta.

Por lo antes dicho sobre la penuria teórica de IU, de poco sirve la confrontación de IU con Podemos. Alberto Garzón¹²² ha criticado la moderación ideológica de Podemos en sus dos versiones, la táctica (“algo que te permite ocultar tus verdaderas intenciones y, una vez que lo has ganado [el poder], sacas la realidad profunda de tus pensamientos”), y la del convencimiento (creer que nuestro país no está preparado para una ruptura democrática y que por lo tanto lo que hay que hacer es moderar el discurso).

Discrepa Garzón de ambas actitudes, más de la segunda, porque los de Podemos no hacen “un análisis materialista de lo que está sucediendo”. “Es muy raro ver un artículo de alguien de Podemos que hable de economía, de las condiciones materiales de la vida”, afirma, y añade que cuando Podemos habla de construir pueblo [objetivo que guía a Errejón y los suyos], habla de hacerlo a través del discurso única y exclusivamente, no hay un vínculo con la realidad material, y eso convierte al partido en una simple maquinaria electoral sin anclaje en la vida cotidiana de la gente en sus barrios. La forma de construir pueblo, o de que una amplia mayoría de ciudadanos apoye su candidatura, tiene que ver con la praxis. El mejor ejemplo es, en su opinión, el trabajo de la Plataforma de Afectados por la Hipoteca.

No tiene sin embargo en cuenta Garzón que una cosa es el análisis económico y otra la praxis entendida como anclaje en la vida cotidiana de la gente en sus barrios (cabe hacer análisis económicos sin esa praxis y lo contrario). Pero además no hay que confundir análisis económicos con análisis materialistas. He aquí el mal uso heredado del término “materialismo”.

Lo cierto es que la praxis a que se refiere Garzón, por más que sea indispensable, ni suele dar resultados electorales ni es suficiente para “construir pueblo”. Los

¹²² En Miguel Roig: *Conversación con Alberto Garzón. Boceto de un futuro posible*, Editorial Turpial.